

marismas habitaba una bohardilla sin muebles y sin lumbré, semejante á mortuorio nicho; que repartía sus dietas de diputado entre la hermana Carlota y una femenil amistad, más ó menos duradera, de sus primeros años; que hacía discurso tras discurso, escritos sin calor, enfriándolos, después de nacer ya helados, con el acero fino de su lima y el aceite crudo de su pulimento; que, opuesto á las transacciones, decían siempre cómo habían de profesarse y creerse los principios, mas nunca cómo habían de cumplirse y practicarse, convirtiendo en sus ejercicios espirituales el Vicario saboyano en un devocionario de rezo y el contrato social en un libro de estudio, y tratándolos ambos como los curas sus horas canónicas y como los catedráticos sus libros de texto. El grande instrumento asido en sus manos para la realización de sus fines, era la sociedad jacobina. En ella encontraba, no ya un público atento, un público idólatra. Ganoso de hablar siempre, al acabarse la grande Asamblea del pueblo, había nacido la breve Asamblea del tribuno, su auditorio, quien legislará y dominará con él, solamente por haber tenido paciencia para oírle. Así habla y habla en reposo. Difuso, necesitárase la virtud estoica suya, y la sobreposición de un Epitecto á los males humanos, y á sus molestias para oírle. Y sin embargo, aquel rumor unísono, que hubiera espantado con su acento y soplo y estilo uniformes las moscas, no espantaba los jacobinos. El tema obligado, su persona imponente, aumentaba la monotonía de una compasada y calculadísima expresión. Endiosarse á sí mismo y argüir de traidores á los demás: he ahí su tarea. No respondía jamás á los argumentos; acusaba siempre las personas. Un raciocinio lo contestaba con una delación. Cuando no podía combatir al enemigo de frente, sembraba de soslayo la sospecha contra él, respetando su ciencia y malhiriendo su vida. Perseguidor, se plañía de perseguido. Si alguno se impacientaba en la férula de sus discursos interminables, le ponía en el índice de los designados á la guillotina. Por consiguiente no fundó una sociedad política, fundó una inquisición religiosa. Michelet lo confiesa en su Historia, que, magüer muchos juicios apasionados y muchas noticias falsas, queda la portentosa historia clásica del gran movimiento revolucionario. Habían tenido los reyes y los papas una inquisición, ¿por qué no había de tenerla también Robespierre? Contra la reacción universal, no creía Robespierre hubiera más defensa que las delaciones sin escrúpulo al tribunal del pueblo y los consiguientes castigos sin piedad de todos los reaccionarios. Como contra la Reforma nacieron los jesuitas y aumentaron los inquisidores, soñaba Robespierre con fundar el jesuitismo revolucionario y establecer la inquisición jacobina. La excusa para uno y otro crimen, el justificante de una y otra retrogradación, encontrábalos en el mismo raciocinio de los jesuitas y de los inquisidores. Echando los cuerpos al fuego de las hogueras en esta vida, sálvanse las almas del fuego de los infiernos en la otra vida. Echando los reaccionarios, los cómplices de estos reaccionarios, los débiles y los irresolutos, los traidores al patíbulo; la revolución se salva y la humanidad se redime. Los procedimientos fueron en triste congruencia con los principios. Marat

y Danton quizás pecaron más y arguyeron menos. La sed inextinguible y devoradora de sangre mostrada por Marat, la encubre, cuando no la excusa el achaque de su demencia. Danton fué cruel por la patria primero, por el pueblo después, por sí en postrero término; Robespierre, invocando mucho la patria y la humanidad, fué cruel, antes que por estas dos deidades, por sí mismo, para sí mismo. No tendrá excusa, no conseguirá perdón.

El hombre, á quien más en lo antiguo Robespierre se asemeja, es Tiberio, y los dos hombres, á quienes se asemeja más en lo moderno, son Loyola y Calvino. Los cuatro mencionados, Tiberio, Loyola, Calvino, Robespierre, son cuatro verdaderos hombres de odio, hayan sido lo que hayan sido sus obras en el amor con que luego las prosperan los hombres. Mirad á Loyola y á su tiempo. Nunca se vió tan clara la fuerza del odio, como se viera en Robespierre y en Loyola. Estudiad éste último y veréis cómo se parece al primero. Santa Teresa compadecía de todo corazón al diablo, porque el infeliz se halla imposibilitado de amar. Si las pasiones contrarias se corresponden, ¡ah! ningún hombre habrá en el mundo amado tanto como Loyola, porque ninguno ha tanto aborrecido. La cólera propia del combatiente se levantó en el estado general de su ánimo. Odió la nueva idea con pasión veheméntísima y al mismo tiempo tenaz, cualidades que parecen excluirse y anularse mutuamente. No fué su oposición al protestantismo un arrebato súbito; fué una negación radical, en la que puso toda su sangre, sus músculos, sus nervios, su corazón, su inteligencia, en ser de su sér. Dormido, despierto, en el silencio, en el comercio de las gentes, en la soledad del claustro, en todos los minutos y en todas las fases de su vida, creyóse aquel capitán de tercios sitiado, cual en Pamplona, sólo que por algo superior á los ejércitos franceses, por la herejía protestante, vómito del infierno sobre la tierra maldecida. Dominado Ignacio por esta pasión suprema, llamó en su socorro y en su auxilio todas las pasiones secundarias á ella sometidas y subordinadas. Desasido de la corte que lo educara, de la familia en que naciera, de la nación misma, como expósito sin patria, sin padre, ni hermanos; cuanto más se reconcentraba en sí, más vivo y voraz sentía el fuego del odio al protestantismo que calcinaba sus huesos y consumía su sangre. En ningún tipo se ve tan clara la diferencia radical entre la cólera súbita y el odio porfiado y sistemático. La Historia, de suyo á veces más trágica, en su realidad, que las tragedias mismas del arte, ha inventado y ha querido, con mayor ó menor fundamento, que Bruto fuese hijo del mismo César á quien sacrifica, para que se viese toda su exaltación, más fuerte cuanto más reconcentrada, contra el cesarismo infame, que iba, de triunfos increíbles armado, á matar la República de Roma, aquella República idolatrada, cuyos labios arrojaron los gérmenes del derecho civil en el mundo, y aquel Senado, cuya fuerza y autoridad mantuvieran las antiguas instituciones libres. Pues así, una concentración, un odio de este clásico temple y de esta implacable crueldad, es la concentración y el odio de Ignacio y sus discípulos á la reforma religiosa y sus consecuencias inmanentes en la vida y

en la Historia. Los movimientos del corazón suyo no se aceleran en el pecho de bronce los vapores de la hiel no se suben á la cabeza tranquila y serena; las descomposiciones de los nervios no se revuelven, no, en arrebatos inconscientes; astuto, doble, porfiado, intencionadísimo, tenaz, tiende á la nueva idea, que abre sus alas en lo infinito, la tela de araña en que ha de cogerla y extirparla. Nada de franqueza en sus acciones, nada de claridad en sus móviles; el pobre instrumento de sus planes, concebidos con una reflexión suprema, no ha de saber á donde va, ni por donde va, ni qué hace, más meritorio cuanto más crea y más haga lo que le contradice y lo que le repugna. Apenas podemos saber la fisonomía de Ignacio, porque ninguno de sus retratos tiene la indispensable autenticidad; sin embargo, si leéis á Rivadeneira, y tomáis al pie de la letra sus noticias, encaminadas todas á la deificación ó apoteosis del maestro, encontraréis en su cuerpo menudo y avellanado; en la frente ancha que no trasluce la intimidad interior de su idea; en sus cejas espesísimas, bajo las cuales se oculta una mirada profunda de avizora curiosidad y de concentrado desprecio; en sus párpados encogidos y arrugados, como si no pudieran resistir la luz del día; en su nariz aguileña, ó como él mismo dice, alta y combada; todas las señales reconocidas por la fisiología y por la psicología modernas en el colérico sistemático y reconcentrado. Luego aquella palidez tradicional, que sus retratistas más ó menos auténticos se han gozado en prestarle; aquellos labios lívidos tan opuestos á la color viva prestada por sus biógrafos al semblante santo; aquel estómago, á cada paso contrariado en sus funciones digestivas; aquella seguridad del desquite hasta en los momentos más adversos; aquella contradicción extrema, resultado natural de invencibles aversiones, demuestran con demostración evidéntísima que nos hallamos frente á frente de un hombre, así el natural como el tradicional, cuyo numen capitalísimo, es el odio al espíritu moderno. Evocad todas las reacciones de la Historia, todas, aquella reacción de los paganos contra el cristianismo representada por la escuela de Alejandría y por Juliano el Apóstata en los comienzos de nuestro mundo moderno; aquella reacción gnóstica, y maniquea, que nos empujaba fuertemente hacia el Asia, en los comienzos del cristianismo; aquella reacción carlovingia, que resucitando el Imperio romano, quería matar la variedad y el individualismo propios de la Edad Media; evocadlas todas poniéndolas en frente de esa reacción suprema, en lo más hondo del espíritu arraigada, tendida como un árbol venenoso por la inmensidad de los cielos; y os parecerán juegos de niños en comparación y en paralelo con la colosal obra de gigantes, que se conjura ella sola y aun mismo tiempo contra las leyes del espíritu, contra la esencia de la naturaleza humana, contra el movimiento de la Historia universal, contra el mandato de la divina providencia. En verdad como los Jesuitas, fueron los jacobinos; como Loyola, fué Robespierre, sólo que á favor de la revolución. Sin embargo, los malos medios, conducen á una contra el propósito y voluntad de aquellos que los emplean, á malos fines. Lozoya contribuyó á la revolución religiosa como nadie, proponiéndose

dose la reacción; y Robespierre, como nadie, á la reacción política, proponiéndose la revolución. El uno suscitó contra sí los masones, el otro suscitó contra sí los cesaristas.

También se parece á Loyola Robespierre en su amor á la soledad. San Ignacio dice con San Bernardo, que Dios ha señalado siempre sus mayores misericordias y ha escogido siempre como sus predilectos á los que han consagrado su existencia individual enteramente á la soledad y al retiro. En la soledad del Sinaí ardieron las zarzas, relampaguearon las cumbres, y recibió Moisés, arrodillado sobre sus breñas, como sobre un ara santa, el depósito de la divina ley; en la soledad del Carmelo, á la sombra de aquellos cedros seculares, muchos testigos de tantas centurias, y en el seno de aquellas cavernas, donde las águilas reposan, recibió Elías el carro de fuego en que recorre los espacios y el són divino que derraman sus misteriosas palabras; en la soledad del desierto recibió Juan su carácter de profeta y su virtud para preparar las vías destinadas al que había de venir como Redentor de los hombres; en la soledad del cenáculo escucharon los apóstoles reunidos los aleteos del Espíritu Santo, y recibieron aquellas lenguas de fuego que les dotaron con la virtud de hablar á todas las gentes y de ser por todas las gentes comprendidos, pues nada tan fecundo, tan pródigo, tan feraz en ideas, como las misteriosas soledades, donde llega el alma, sin que objetos extraños se interpongan, á recrearse y rehacerse, por una serie de increíbles milagros, en la extática contemplación de sí misma. He ahí las prácticas de Robespierre, ensalzadas por las teorías de Loyola. El buen jesuita debe abandonar su memoria para conmemorar lo que el superior desee recordarle, y la voluntad, para querer aquello á que el superior desee costreñirle, y la razón, para pensar aquello que el confesor desee inspirarle, pues, dentro de la obediencia, y sólo dentro de la obediencia, se halla su perfección. El deber de todos los iniciados estriba en servir á la autoridad suprema como sirve al Rey el cetro, como Abraham sirvió á Dios en el sacrificio de su Isaac, sin preguntar la razón del mandato, y sin hacer otra cosa más que someterse y entregarse á una ciega obediencia. He ahí el objeto de todos los ejercicios jesuíticos tan largos, de la meditación prolija, de las contemplaciones varias, del ayuno y la penitencia, de esa sobrexcitación prestada con tanto cálculo á los sentidos, del impulso mecánico dado á la vida, el objeto único de tanto trabajo y esfuerzo y empeño, es la nirvana india, el total aniquilamiento de nuestro ser. *Distingue tempora, et concordabis jura*. Poniendo entre uno y otro movimiento de las tres centurias que los apartan, veréis en el fondo de los estatutos jacobinos, y sobre todo el de las costumbres, mucho análogo con la milicia jesuítica. Hemos dicho también cuánto se asemejaba Robespierre á Calvino y lo demostraremos con una página de la historia del tribuno teológico; su episodio referente á Servet, muy análogo con cualquier página de la horrible historia del terror. Servet nació en Navarra, estudió en Aragón los estudios menores, pasó á Tortosa para industriarse en los estudios mayores, acompañó al confesor de Carlos V por Italia, residió en Alemania durante la dieta de

Augsburgo, fué á Basilea henchida entonces de pensamientos y de doctrinas; desde Basilea se marchó para fijar su residencia en Alsacia, región por la cual pasaban los apóstoles de Suiza, de Alemania, de Francia, de Holanda, formando una especie de conjunción ó sincretismo en consonancia con la geografía particular de tan extrañas regiones. Imaginaos un hombre ardiente que para extinguir el fuego, cuyo ardor lo consume, se lanzara en las vorágines del Vesubio. Tal fué Servet en sus peregrinaciones por las tierras, cuyo suelo estremecían los huracanes de la revolución religiosa. Lo que más indudablemente le agrada hoy á los ojos de la posteridad, es aquel interés por todos los problemas divinos y humanos que caben dentro de la inmensa extensión del espíritu. El planeta con sus mares y sus tierras; el cielo con sus soles y sus mundos; el hombre y su fisiología; el espíritu y sus facultades; Dios y sus atributos; la comunicación del alma con el cuerpo; la comunicación de la criatura con el Criador; las hipóstasis divinas; las emanaciones eternas, la luz en el universo y la sangre en el cuerpo; todo cuanto puede despertar la humana curiosidad, todo, le llamaba con tales llamamientos, que se parecía su espíritu inquieto á uno de esos ángeles enviados por Dios en los días creadores á sembrar de orbes y de ideas la creación entera. En Alsacia Servet se consagró á esplanar, mediante varias obras, sus ideas capitales respecto á la naturaleza de Dios, ideas contrarias por completo así al dogma de la doble naturaleza de Cristo, como al dogma de las tres personas idénticas en Dios. Alsacia no debía bastar, no, á su inquietud: necesitaba campos, ó bien de batalla donde combatir, ó bien de labor donde sembrar. Para esto, ningún punto como aquel París agitado á la sazón por tantas y tan contradictorias ideas. Parece imposible que un joven, solo, pobre, sin amigos, sin parientes, sin auxilio alguno, pudiera recorrer tantas tierras, habitar tantas ciudades, imprimir tantas obras. Tal vida extraña, de apostolado errante, se concibe allá en la Palestina, donde los árboles ofrecen á las orillas del camino sus frutos regalados y los aires dulces y tranquilos parecen como una cubierta de seda bajo la cual puede dormir sereno y á sus anchas el errante peregrino. Pero vagar por las desapacibles orillas del Rin ó del Sena, donde tan contraria es la húmeda y triste atmósfera al hombre, donde la rudeza del clima pide así alimentos sazonados, como mucho abrigo; vagar en el apostolado de ideas científicas y modernas que no podían esperar la intervención del milagro en favor suyo; demuestra cómo cambian los accidentes y las circunstancias en la Historia, y cómo queda el género humano con todas sus vocaciones al apostolado, al sacrificio y al martirio. París tiene influencia en la vida y en la muerte de Servet. Allí conoció al joven y ceñudo teólogo, de complexión arisca, de carácter adusto, de severidad cruel, organizador de la libertad hasta convertirla por su organización en tiranía, y que, atendiendo al estudio de las ciencias teológicas y de las leyes humanas, debía producir aquella doctrina espiritualista y aquel Estado democrático, los cuales, irradiándose luego por el mundo, iban á traer la semilla de la República cristiana, cuyos albores se vieron en

Suiza y en Holanda, y cuyo Mediodía completo en la América de los puritanos y de los cuáqueros. Si el pobre Servet hubiera observado aquellos finos labios propios para el disimulo, aquella nariz aguileña semejante al pico del milano, que delataba terribles ambiciones, aquellos ojos de lechuza que despedían fosforescencias siniestras, aquella frente espaciosa, pero surcada de sombrías arrugas, en las cuales veíase impreso el fanatismo, seguramente viera una triste naturaleza de grandes y colosales proporciones, así para formular una idea de los espacios puros de la teoría, como para organizarla en los espacios impuros de la práctica; viera un hombre cruel, implacable, vengativo como suelen las naturalezas de todos los dictadores, y especialmente de los dictadores teócratas. El que lo trataba, debía desde luego haberlo conocido en su carencia de toda sensibilidad y de toda imaginación, en su voluntad férrea, en su desprecio del mundo y de sus ambiciones, como una especie de tirano que cree la tiranía indispensable instrumento hasta para fundar la libertad, y huyera de aquel hombre, á cuyas fauces iba irresistiblemente arrastrado como epájaro á las fauces de su fascinadora serpiente. Servet, á pesar de astrología, de theurgia, de magia, de quiromancia, de alquimia, era un sabio á la moderna, racionalista en su criterio, liberal en sus ideas, franco y abierto con la franqueza del noble pueblo á que pertenecían sus padres, comunicativo, incapaz de comprender las crueldades del gobierno y la fría razón de Estado, é incapaz de apelar en sus polémicas á otra fuerza que no fuese la vívida fuerza de su razón y de su inteligencia. Allí hizo Servet lo mismo que había hecho en Alemania y en Alsacia, ejercer, además de su razón propia, el apostolado, por cuya virtud una razón superior incita y mueve á las demás á comulgar en ella. Creído profundamente de que la idea del Dios único y la eliminación del carácter divino en Cristo restituían al Cristianismo toda su pureza, trató de persuadir á un hombre del grande entendimiento y de la fuerte voluntad patentes en Calvino. Aunque varias conferencias tuvieron, la más solemne, y de antemano citada y convenida, no pudo celebrarse á causa indudablemente de las persecuciones religiosas.

El expediente inventado por Calvino para deshacerse de Servet, no puede ser más abominable: la delación y la delación indirecta. Cierta mercader de Lyon, por motivos religiosos, según unos, y según otros por motivos mercantiles, había dejado la ciudad del Ródano é idose á la ciudad del Lemán. En esta ciudad había con fervor abrazado la causa de Calvino y seguidole hasta en sus supersticiones y en sus odios. Recibía el tal mercader diariamente cartas de sus paisanos, en las cuales á la continua le rogaban que volviese á los senos de la patria francesa, patria de su cuerpo, y á los senos de la Iglesia católica, madre de su alma. Bajo la inspección de Calvino, contestaba con asiduidad á estas cartas, en las cuales decía todo cuanto se le dictaba defendiendo al reformador. Y una vez, para mostrar la superioridad cristiana de Ginebra sobre Francia y sus ciudades, apuntó la idea de que no se consentiría de ninguna suerte allí lo que se estaba consintiendo en Lyon primera-